

X

A cada uno su parte.

Aquella misma noche en una cámara del hotel de Roye, la habitación de soltera de Germana, Juana Barfleur, que habia sido trasladada á ella con infinitas precauciones, acababa de adormecerse.

La alegría habia entrado con ella en la esplendida morada.

La señorita de Roye, sentada cerca de su hija, velaba su sueño.

El general de Treville entró.

Acababa, con trabajo, segun iba andando, la lectura de una carta, que hacia poco habia recibido.

Aquella carta contenia otra para su sobrina.

Las dos eran de Santiago de Brandes.

La del general era muy corta.

No decia más que lo que sigue:

«General:

»He faltado al honor. Voy á espiar esa falta. Tendria una excusa si la excusa pudiera existir para semejantes debilidades: el apasionado

amor que sentia por mi prima y del cual ella no participaba.

»Mi pasado es odioso.

»Mi porvenir lo reparará.

»Espero que encontrareis el castigo á la altura de la ofensa.

»SANTIAGO DE BRANDES.»

La otra que era un poco más larga, decia:

«Germana:

»Os envío vuestra carta.

»No es el inocente quien debe sufrir, sino el culpable.

»Os devuelvo vuestra palabra.

»Por otra parte, nada me debeis. Dios os ha conducido de la mano al lecho de vuestra hija.

»Amadla por mí, que no la volveré á ver, y á quien nunca llamará padre.

»Parto.

»¡A dónde voy? ¡no lo podré decir!

»Solo si puedo decir que ni vos ni los vuestros me volveréis á ver jamás.

»Y no volveros á ver, Germana, es para mí un suplicio cuyo rigor no podreis medir.

»Os he amado con una pasión indomable, feroz, cruel. Nada en el mundo me interesa más que vos.

»Sigo amándoos lo mismo.

»Vos me aborreceis y teneis razon.

»Soy un ser odioso y detestable.

»Sin embargo, si yo hubiese tenido para hacerme mejor, el amor de una mujer como vos, creo que hubiera sido capaz de un cariño sin límites y de una abnegación heróica.

»La suerte lo ha dispuesto de otro modo.

»Me resigno.

»Otro más feliz que yo se ha apoderado del corazón que está cerrado para mí.

»Adios, pues.

»Voy á elegir entre dos muertes: la del claustro que es lenta é ignorada: y la de los campos de batalla que es pronta y estrepitosa.

»Os he dicho ante el lecho de vuestra hija: «Dios reparará el mal que yo os he causado.»

»He aquí por qué.

»No he tenido en mi vida más que dos amores. El uno feroz y salvaje, el que vos me inspirábais; el otro tierno y puro; el que me inspiraba el niño que he criado, el hijo de mi pobre hermana Teresa: Andrés de Fresnaye.

»Os lo recomiendo.

»Posee todas las lealtades y todas las delicadezas. Ama á la pobre Juana é ignora todo lo que se refiere á su nacimiento.

»La amaba sin saberlo yo.

»Hasta hoy no he conocido este amor y en él he visto la obra del Ser Supremo, que nos tiene en sus manos.

»Así cura antiguas llagas y pone fin á odios de familia, que se extinguirán conmigo.

»Os recomiendo también á mis pocos servidores.

»Conceded á los pocos de entre ellos que os han perjudicado, el olvido y el perdón.

»En las familias divididas ocurre lo que entre los pueblos enemigos.

»Se alista uno en una bandera y sirve bajo ella con pasión ciega á veces.

»Cuando leáis esta carta, ya estaré lejos.

»Consolad á Andrés y procurad que no maldiga mi memoria.

»Adios.

»Si me hubierais pedido que os probase mi cariño, yo no sé de lo hubiera sido capaz.

»Amais á otro.

»Le cedo el puesto y voy á hacerme matar, celoso por una felicidad por la cual hubiera derramado mi sangre.

»¿Qué prueba más grande de amor podría daros?

»Adios.

»Perdonadme.

»SANTIAGO DE BRANDES.»

* *

La curacion de Juana Barfleur fué bastante larga.

Sin embargo, hacía fines de setiembre estaba terminada.

Colette había conservado la habitacion de la calle Vizconti.

Debía casarse con el doctor Aubry tan luego como su hermana estuviera en estado de asistir á la ceremonia.

El momento se aproximaba.

Todas las mañanas iba Colette al hotel de Roye y por las noches se volvía á su casa.

Su situacion no había cambiado en apariencia más que en que el tío Roguet la proveía de todo lo que necesitaba.

Pero el viejo Gombault, al corriente del misterio, cuya clave poseía el señor Pescheux, se mostraba muy socarrón cuando hablaba del próximo enlace de la joven con su antiguo inquilino.

Andrés de Fresnaye estaba muy triste. La partida de su tío le había causado una verdadera consternacion, y el cambio de fortuna de Juana Barfleur, le tenía sombrío porque temía que se pudiera atribuir á su amor, tan desinteresado, algún cálculo de secreta ambicion.

Andrés envidiaba á su amigo, cuyo creciente amor por Colette no podía dudarse.

El 20 de octubre se firmó en el hotel de Roye el contrato de la hermana de Juana.

Germana sirvió de madre á la huérfana.

Aquello fué una escena teatral.

El señor Pescheux fué el notario de la señorita Colette en aquel acto.

Al anunciar lo que aportaba la futura, el doctor Aubry se puso de color de púrpura.

Se elevaba á dos millones lo que aportaba,

sin contar lo del viejo Roguet, quien daba todo lo que poseía a su sobrina.

Aubry comprendió que le habían jugado una mala pasada.

Colette, con su sonrisa siempre maliciosa, le dijo:

—¿De qué os quejais? Estos son los intereses de los doscientos francos que nos prestásteis. ¡Acordaos de la mañana en que se los entregásteis en secreto al abuelo Gombault!

Pedro Aubry reflexionó un segundo y contestó:

—No me quejo. Ejerceré la medicina y no mandaré la cuenta más que a los millonarios; eso es todo.

Andrés servía de testigo a su amigo.

Desde que Juana estaba en el hotel de Roye no se había vuelto a hablar de su matrimonio con Andrés.

El día del contrato de Colette, Juana, cogiéndose del brazo del interno, le dijo con ternura:

—¿Y nosotros?

Andrés, por toda contestación, la envolvió en una mirada que manifestaba su inmenso amor.

Juana añadió con voz conmovida:

—Mi corazón no cambia, amigo mío. Me habeis amado cuando era pobre y os dije entonces que si fuese rica os contestaría con más libertad. Pues bien, no sé si lo soy verdaderamente; pero os amo y no amaré a nadie más que a vos. Solo que Colette tiene dos años más que yo y podemos esperar...

Miró a Andrés con sus grandes ojos azules y concluyó diciendo:

—¡A que esté de vuelta!

Aludía al baron de Brandes.

Este no debía volver.

Después de haber escrito las cartas para el general de Treville y la señorita de Roye, había tomado el tren para Marsella.

El recuerdo del monasterio de la Trapa le atraía.

Aquel suicidio lento y religioso, el silencio del claustro, la expiación misteriosa en el olvido y la oración, le tentaban.

Pero no se atrevía a ir a la Trapa de la Orue, vecina de su vieja casa de Brandes.

Allí hubiera estado demasiado cerca de Germana, y además creía leer en los ojos del padre Anselmo una silenciosa reprensión por el duelo de la Encina Hueca.

Sabía que los trapenses poseen un convento grandioso en Argelia, la casa de Staomeli.

Quiso ir a ella.

Allí al menos moriría desconocido, olvidado.

Al desembarcar en Argel vió un batallón que se embarcaba para el Tonkin.

El comandante Hervieux era uno de sus amigos.

El desgraciado tomó pronto su partido.

Decididamente no tenía valor para morir con tanta lentitud y temía las rebeliones de su alma.

Se alistó.

En el mes de abril de 1883 todos los periódicos publicaban la siguiente relación:

«Un voluntario acaba de realizar en el Tonkin una de esas hazañas que causan la admiración hasta de los enemigos, cuando tienen noticia del heroísmo y del honor.

»Simple soldado, gozaba este voluntario de toda la confianza de su comandante, quien le encargaba con frecuencia de los reconocimientos más peligrosos.

»Habiendo avanzado con treinta y dos hombres hasta los fuertes de China, fué atacado por una nube de enemigos y cercado en una casa aislada a alguna distancia de *Bae-Lé*, a la orilla de un río.

»Para dar a sus compañeros tiempo de retirarse, se parapetó en una casa y principió por las ventanas un fuego tanto más mortífero,

cuanto que tiraba con precision extraordinaria.

»Durante tres ó cuatro horas contuvo á aquella orda de chinos y resistió todos los ataques economizando sus municiones.

»Y únicamente cuando las hubo agotado fué cuando pensó, no en rendirse, sino en perecer con honor; intentó una salida á la bayoneta, siendo gravemente herido y rechazado á la casa, á la cual puso fuego.

»Construida de bambús y de papel, la casa ardió con estraña rapidez; nuestro héroe debió perecer en ella abrasado vivo, á ménos que hubiera sucumbido antes á causa de sus heridas.

»Se han encontrado sus restos calcinados entre las cenizas.

»Esta relacion, que se nos trasmite por la *Agencia Havas*, ha sido tomada del parte del coronel Perillier, quien habia recibido estos detalles de tres chinos hechos prisioneros dos dias despues, en una expedicion verificada para vengar aquel desastre.

»Los chinos han afirmado que el número de sus muertos fué el de cincuenta y cuatro.

»Este voluntario, condecorado con la cruz de la Legion de Honor durante la guerra de 1870, se llamaba el baron Santiago de Brandes.

»Habia dado pruebas en todas las ocasiones de una sangre fria extrema y de un indomable valor.»

Germana recibió algunos dias despues una carta del Tonkin, que decia lo siguiente:

«Os he prometido morir. Lo he intentado, sin resultado, varias veces. Pero cumpliré mi palabra. Me haré matar mañana. ¡Creereis despues hasta qué punto os he amado! ¡Adios!»

Al mismo tiempo, Andrés de Fresnaye recibia otra concebida en estos términos:

«Mi querido hijo:

»Soy un gran criminal, y me impongo el castigo por mi mismo.

»Ama y respeta á la señorita de Roye. Doncella, nada tuvo de qué acusarse. Madre, ha sido mártir. Ríndela todo el honor que se merece por el mal que la he causado.

»Y piensa alguna vez en mí sin maldecirme.

»SANTIAGO DE BRANDES.»

.....
.....
Han pasado seis años despues de estos acontecimientos.

Andrés de Fresnaye se ha casado con Juana Barfleur, un año despues del heroico fin del baron.

La señorita de Roye ha hecho distribuir á los pobres de Paris la parte de fortuna legada por la señora Chambly á su hija.

Ha dotado á Juana régimiente, dándola un millon y todas sus posesiones, entre ellas el castillo de Roye.

Ha reconstruido además la vieja casa de Brandes y comprado todas las tierras y bosques de los alrededores que han querido venderla.

Allí es donde el baron de Fresnaye reside con más frecuencia, complaciéndose con los recuerdos de su infancia.

No hay un desgraciado alrededor de Brandes y de los Essarts, en más de dos leguas en contorno.

Colette va todos los años á pasar la mayor parte del verano en el caserío de Brandes ó en el castillo de Roville, al lado de Juana, á quien sigue llamando su hermana.

Cada una de ellas tiene dos vástagos, un niño y una niña; deseo de rey.

Se ha colocado alrededor de ellas á todos aquellos que han amado ó servido á las dos abandonadas.

Matias posee una casita y rentas propias á quinientos metros de Brandes. Come y se desayuna cuando quiere en la casa feudal.

El pobre hombre se cree más rico que Rothschild.

Bechard ha sido reembolsado generosamente y repite con frecuencia á la vieja Susana que se lamenta con él.

—¡Qué desgracia que ya no existal ¡Era todo un hombre! ¡Tenia el corazon en la mano!

El señor Pescheux continúa su sacerdocio y lleva sus minutas y sus cuentas con una regularidad meticulosa.

Montiers ha pasado á manos de un nuevo dueño.

El bueno de Perros sigue cultivando sus jardines, pero Bidoux y Justina ya no estan allí.

El señor Pescheux les ha dado diez mil francos á cada uno á condicion de abandonar el país y casarse.

El cochero, desencantado de sus grandezas, se hubiera conformado con el contrato hecho con Salvador.

Justina está resignada.

Este es su castigo y no es riguroso.

Se presume que están en Burdeos al servicio de algun Girondino bien acomodado.

¡Que desconfie!

Genoveva Brucourt no tiene por que quejarse de su suerte, su vida se desliza sin penas como la de las gentes bien acomodadas y ademas muy ocupadas, y que por consiguiente no tienen tiempo de aburrirse.

Recibe con frecuencia la visita de dos niñas, pero no van descalzas ni con los cabellos flotando al viento.

Piensa á veces en Santiago de Brandes y se dice suspirando,

—¡Aquel si que era todo un hombre!

Kate Potter se ha consolado de la pérdida de su Harry Struth. Está al servicio de Juana, á quien vió nacer.

La bella Laurencia, en un arranque de passion, se ha hecho raptar por un conde polaco que la muele á palos. El marqués se ha apresu-

rado á reclamar el divorcio contra su infiel esposa.

¡Dios es justo!

No seria completo este resumen sino dedicáramos algunas líneas á dar cuenta de un hecho trágico que ocurrió hacia fines de 1884 en el mismo Barfleur.

Unos pescadores que se dirigian á sus barcas, á eso de las seis de la mañana, vieron en la oscuridad, aun no disipada, un objeto informe que se balanceaba bajo las ramas de un manzano secular, plantado á la izquierda de la casa de Juan Perrinot.

Se detuvieron para examinar aquel objeto que flotaba en el espacio, y vieron que era un hombre ahorcado con una buena cuerda de cáñamo, y que aquel hombre era Juan Perrinot en persona, que oscilaba como la péndola de un reloj.

El viento era muy fuerte.

Fueron á dar parte al alcalde, que acudió sin apresurarse, y descolgaron el cadáver, con las precauciones que se emplean cuando se mueven sustancias venenosas.

Los médicos afirmaron que habia sido estrangulado primero y colgado despues, para desorientar á la justicia.

Se estaba en presencia de un crimen y no de un suicidio. Pero Juan Perrinot era odiado y despreciado de tal modo, que se inquietaron bien poco por buscar á su asesino.

La justicia procedió con calma, con un secreto deseo de no descubrir nada.

Era un consuelo para el país.

Genoveva, cuando supo el suceso, dijo:

—¡Ya estamos libres! Muerto el perro se acabó la rabia.

El tio Roguet murió en el colmo de la alegría.

Colette se mostró siempre muy buena para con él, y el doctor Aubry muy carifoso.

Se dice que el Turenés va á hacer arreglar la quinta para pasar los veranos al lado de sus amigos de Roville.

Los pobres del país no carecerán de médicos. Landemer es, por lo demás una buena casa de campo muy curiosa y casi artística.

Si no hemos dicho nada del vizconde de Beaulieu y de Germana, es porque lo reservábamos para el fin.

Roberto se ha casado por la iglesia con aquella de quien era ya el señor y dueño en virtud de la ley.

La boda se verificó en la iglesia de los Essarts, seis semanas despues de la del baron de Fresnaye y de Juana Barfleur.

Germana habita con mayor frecuencia en los Essarts con su tío, que llega á los últimos límites de la ancianidad y no habla de dejar este mundo.

El viejo conde sigue cazando con furor.

El capitán Perros le acompaña, y se ha apasionado por este ejercicio, que consuela al campesino de Beaulieu de la única desgracia que le aqueja, y es que Germana no le da herederos.

Ella ama de tal modo á su Juana, que parece que la hermosa rubia ha absorbido todos los poderes de su amor maternal y que ya no queda nada para otros hijos que Dios no la concede.

Felizmente la muerte de Santiago de Brandes ha reconciliado á sus más implacables enemigos con su memoria.

El conde de Beaulieu, viendo las rubias y morenas cabezas que rodean á su nuera, la más encantadora de las abuelas, dice acariciándose la barba que desciende hasta su pecho:

—A falta de otros nos contentaremos con estos.

El abuelo Gombault ha abandonado la casa de la calle Vizconti, no sin pena.

Es jardinero en Tours, en casa del doctor Aubry, quien ha ensanchado los jardines de su hotel para darle ocupacion.

Colette es tan seductora, que el buen hombre no ha podido negarse á vivir á su lado.

Es una de las mejores mujeres cuya posesion puede soñar un marido, lo que no impide que el abuelo Gombault se diga algunas veces, fumando su pipa en medio de las flores:

—Es muy buena, pero no faltó mucho cierta noche que llevaba un traje blanco y una de mis rosas en cierta cabidad, para...

Pero estas cosas las dice para sí solo.

Y parafrasea entredientes los célebres versos:

—¡Ah, no insulteis jamás!...

El abuelo Gombault es filósofo.

Colette lo es ménos.

Pero pensando en el pasado y en sus sufrimientos, tan cortos, sin embargo, se apiada de las pobres jóvenes á quienes nada sostiene y á quienes los vaivenes, los disgustos y las miserias de la vida, empujan hácia los abismos.

FIN DE LA NOVELA

